

LIBRO TERCERO

LA ANTIGUA EUROPA Y LA MODERNA FRANCIA

CAPITULO PRIMERO

GUSTAVO III Y LA FUGA DEL REY

Un régimen enérgico, pero justo, una administración honrada y cuidadosa en el interior, y sobre todo una política prudente y reservada en el exterior, tales fueron los medios que permitieron á Gustavo III de Suecia sino reconciliarse con los vencidos del 19 de agosto de 1772 (1) por lo menos hacerles inofensivos, uniendo su propia causa con la causa nacional de todos los buenos suecos. Los primeros años de su dominación hicieron concebir las mas halagüeñas esperanzas (2). A raíz del golpe de Estado, abolió el tormento, y para no quedar rezagado con respecto á Dinamarca (3) restableció la liberal ley sueca de imprenta de 1766 y ensalzó en una pomposa proclama los civilizadores efectos de la libertad de la prensa. Con esta reforma se conquistó los aplausos de los propagandistas, á los cuales se unieron tambien los del Papa cuando en la dieta de 1778 permitió el libre ejercicio del culto católico. El día de su coronación fundó una órden especial para los que se dedicaban á la agricultura, á la minería, al comercio y á las artes: tal fué la órden de Wasa, uno de cuyos primeros caballeros fué el fisiócrata marqués de Mirabeau (4). Gustavo procedió con severidad suma contra la venalidad de la justicia y suavizó los rigores de la ley penal. En medio de la general carestía que se sentía en aquel tiempo, mandó hacer grandes compras de cereales en el extranjero, estableció almacenes de granos, fundó en Estokolmo y desde allí en el resto del país talleres en donde se repartían gratis lana, algodón, cáñamo, lino y estopa á los necesitados, y una vez elaborado el género se les pagaba al contado su trabajo. Los labradores, los jornaleros, los industriales y los soldados de tierra y de mar que tenían cuatro ó mas hijos fueron declarados exentos de toda prestación personal. Veinticuatro médicos rurales con sus ayudantes fueron enviados, á costa del Estado, al campo; se dió enseñanza á comadronas; se nombraron en Estokolmo médicos especiales de pobres y se fijaron por medio de ordenanzas los honorarios de los médicos, dentistas y farmacéuticos. En Estokolmo se construyeron dos hospitales de partos, un establecimiento para vacunacion, edificios para las enfermedades venéreas, y se dió á la órden de los franciscanos

(1) F. II.

(2) Posselt: *Historia de Gustavo III*. Estrasburgo, 1793, pág. 202. Véase Geffroy: *Gustave III et la cour de France*. Paris, 1867, I, pág. 320.

(3) F. II.

(4) Véase mas arriba.

una ocupación útil confiándoles la inspección de las casas de expósitos y de los hospitales. La fuente de la riqueza de Suecia consistía entonces, como consiste ahora, en las inagotables minas de hierro y de cobre que encierra su suelo, abundante en metales. Gustavo III fué quien hizo florecer la explotación de las minas y, lo que es mas, quien estableció en el país el laboreo y perfeccionamiento de ambos metales, que hasta entonces se hacía en el extranjero. La mina de oro de Aedelfors y la de plata Sala fueron mejor explotadas y produjeron por tanto mayores rendimientos. Las vías fluviales para el transporte rápido de los productos del suelo fueron objeto de especial cuidado, construyéndose un nuevo canal desde el lago Bark, en Dalarna, hasta el lago Mälaren y terminándose la esclusa del lago Hjelmarn y las dos de Trollhättan. El departamento de Hacienda, recientemente creado y presidido por el barón de Lilienkrantz, contrató en Holanda un empréstito de cuatro millones y medio de escudos para acabar con la funesta y casi única circulación del papel moneda, cuyo valor había sufrido una baja considerable; al propio tiempo una sociedad de descuento, también de reciente fundación, extendió sus operaciones á las propias de un banco nacional. A los colonos de los bienes de la corona se les permitió hacer un arrendamiento temporal prolongado y en muchos casos un arrendamiento hereditario; veintidós días de fiesta que en Suecia eran llamados *fiestas de la pereza*, fueron convertidos en días de trabajo. El gobierno sueco, no pudiendo desarraigar en sus súbditos la costumbre de beber aguardiente, arrebato á la industria particular el productivo negocio de la fabricación y venta para explotarlo por su cuenta. Con ayuda de este y de otros manantiales de ingresos, hizo el rey con recursos suficientes para crear un nuevo ejército de tierra y una nueva escuadra. El primero, completamente descuidado hasta entonces, fué elevado á la cifra de cuarenta y siete mil quinientos soldados convenientemente equipados, que bajo la inspección personal del rey, fueron instruidos y preparados para la lucha. La escuadra fué aumentada hasta contar con un gran número de nuevos buques, y en Karlskrona se construyó un puerto militar de gran capacidad.

Gustavo III, durante los primeros once años de su gobierno, supo curar esa tensión de fuerzas intelectuales y morales que va íntimamente unida á la constante lucha por el poder. Los grandes resultados de un trabajo animado por la mas noble ambición, que cada día obtenía mayores triunfos y prometía á su iniciador descubrir cuando quisiera miles y miles de gérmenes escondidos, tuvieron la acción de su gran fuerza de voluntad alternativamente en ejercicio y en suspen-

so, en movimiento y en equilibrio. Esta situación varió cuando Gustavo se creyó ya seguro y en posesión del poder, por el cual había luchado con inquebrantable perseverancia durante muchos años. Este cambio comenzó con el largo viaje que emprendió en la noche del 27 al 28 de setiembre de 1783 y que le tuvo alejado de su patria por espacio de once meses. Viviendo en los baños de San Giuliano, junto á Pisa, bajo el título de conde de Haga, como un huésped cándido que atendía á su quebrantada salud; en Florencia y en Roma como un entusiasta del arte, que pasaba el día contemplando las preciosidades de la antigüedad y del Renacimiento, manifestó á los ministros de París en ambas cortes como un político cuyos planes eran mucho mas vastos que en 1772. Su permanencia en París desde junio hasta 2 de agosto de 1784 fué una serie no interrumpida de vivos testimonios de afecto que hubiera podido ser peligrosa hasta para un hombre menos ávido de honores. En la Opera, en el Teatro francés y en la Comedia italiana, bastaba su simple presencia para que hasta las mas remotas alusiones de la obra que se representaba fuesen pretexto para que los espectadores así de la platea como de los palcos prorumpieran en estrepitosos aplausos. Cuando se presentaba en el Parlamento, el orador que estaba en el uso de la palabra no vacilaba en interrumpir el debate para pronunciar un discurso en alabanza suya. La Academia, que estaba reunida para solemnizar la recepción del marqués de Montesquiou, se convertía, al entrar en ella Gustavo, en una corporación que manifestaba todo su recogimiento y elocuencia á su ilustre visitante, y todos los discursos que en su honor se pronunciaban eran remitidos, en copia fiel, á Estokolmo para ser allí propagados por los periódicos y para mostrar á los suecos que la estrella del tío, Federico de Prusia, quedaba oscurecida por la del sobrino. María Antonieta organizó en su Trianon una brillante fiesta en honor de su huésped (1). Pero por mucho que agradara y halagara todo esto á Gustavo, de mayor importancia fueron para él los dos tratados que con el mas profundo secreto celebró con la corona de Francia. El primero de ellos, fechado en 1.º de julio de 1784, le concedía en recompensa de algunas ventajas mercantiles que á los franceses se otorgaban en Gothenburgo, una de las Antillas francesas, la isla de San Bartolomé, y en una nota de 6 de julio añadió á esto la corte de Francia la promesa de que, en caso de verse Suecia atacada por Dinamarca ó Rusia, la auxiliaría con 12,000 hombres de infantería, con su correspondiente dotación de cañones, y con 12 navíos de línea y 6 fragatas. En 19 de julio se firmó un segundo tratado de alianza y de subsidios, por el cual la Francia, siendo ministro de Hacienda Calonne, se obligaba á pagar á Suecia, además de las sumas antiguamente unificadas y renovadas en 1783, por espacio de seis años, á contar desde 1.º de julio de 1784, 1,200,000 libras anuales, y concedía á Suecia el derecho de pedir, en vez de los auxilios designados en la nota de 6 de julio, una suma de 24,000 libras mensuales por cada mil hombres y otra cantidad no fijada todavía por cada buque de guerra (2). Apenas tuvo Gustavo los tratados en su poder, emprendió (2 de agosto) el viaje de regreso. Pero así que puso el pié en Suecia, se observó que no se encontraba ya en las mismas condiciones que antes. Aquel monarca tan aplicado y emprendedor, á pesar de su afición al lujo y á los placeres, había perdido la aptitud para el trabajo estable: así lo demostró el delirio de fiestas y espectáculos teatrales á que se entregó en su nuevo palacio de Gripsholmo. El mal acostumbrado favorito de la corte de Versalles, el aliado de la corona de Francia colmado de ricos

(1) Geffroy, II, pág. 23.

(2) Geffroy, II, págs. 40-46.

subsidios, no podía resistir por mas tiempo á la tentación de representar el papel de héroe en la escena del mundo, y así lo demostró la ligereza con que se enredó en una guerra contra Catalina II, no solo para castigar á la protectora de su insubordinada nobleza, sino también para recobrar las perdidas conquistas de Gustavo Adolfo.

La nobleza, cuya supremacía sobre el Estado había destruido en 19 de agosto de 1772, no podía soportarle ni perdonarle: en la dieta de 1778 su actitud presentó cierto carácter de gravedad, pero en la de 1786 ya se mostró exigente y amenazadora. Detrás de ella estaba el embajador ruso, en cuya casa celebraba sus reuniones secretas, á cuyos consejos amoldaba sus acuerdos, y que se manifestaba abiertamente como defensor de la antigua Constitución de 1720, antes como entonces existente de derecho.

Catalina, que estaba á punto de comenzar otra guerra, esta vez decisiva, contra los turcos, y que para ella había reunido á las órdenes de Potemkin todo el ejército ruso en el mar Negro, esperaba que al inquieto y ambicioso Gustavo de Suecia le contendrían primero el artículo constitucional de 1772 que le prohibía emprender por sí solo una guerra ofensiva (3), y segundo, el temor de verse á su vez atacado por Dinamarca, cuya nación, en virtud del tratado de alianza de 1773, estaba obligada á auxiliar á la emperatriz de Rusia en el caso de que esta fuera objeto de algun ataque. Suecia, por su parte, estaba obligada, por el tratado de 22 de agosto de 1739, á auxiliar á la Puerta cuando esta fuera atacada por Rusia, pero aquel tratado no había sido cumplido por la corte de Estokolmo durante la última guerra ruso-turca de 1768 á 1774, de modo que de hecho había caído en desuso. Por otra parte Potemkin, para lograr el auxilio de Austria, que también estaba obligada á auxiliar á la Rusia si fuese atacada por la Turquía, supo arreglar de tal manera su conducta respecto de la Puerta, que fué esta la que comenzó declarando la guerra.

El rey Gustavo tenía en contra suya el texto de la Constitución por él mismo promulgada y no podía formular un pretexto real y bastante, cuando en mayo de 1788 lanzó todo su ejército de tierra hácia Finlandia y el río Kymmene fronterizo de Rusia y mandó, en 9 de junio, levar el ancla á la escuadra que mandada por su hermano, el duque Carlos de Sudermania, se encontraba anclada en Karlskrona. En realidad Gustavo era el agresor (y así lo había manifestado á principios de año al decir que quería emprender una guerra ofensiva contra Rusia), cuando el embajador ruso, conde Rasumovsky, envió en 18 de junio al ministro sueco conde de Oxenstjerna una nota en la cual decía: «Rusia no hubiera podido pensar nunca que los aprestos que se hacían en Suecia pudieran ir dirigidos contra ella, hasta que por parte de Suecia así se ha declarado expresamente á la corte danesa, íntimamente ligada con Rusia. La emperatriz asegura al rey de Suecia y á todos aquellos que intervienen en la administración, que le conviene que se mantenga la paz en Suecia; y confiada en la sinceridad de sus intenciones y en la fuerza de los medios que el cielo le ha dado, espera tranquilamente los acontecimientos.» Esta declaración es un indicio de la especie de venganza que la corte de Rusia esperaba tomar del rey de Suecia por haber turbado la paz; Gustavo, indignado por una sublevación ocurrida entre sus súbditos, contestó á la amenaza, en 23 de junio, en una provocadora comunicación, señalando este hecho como una confesión oficial de las hostiles intenciones que desde muchos años antes manifestaba la embajada rusa en su capital. En el mismo día se embarcó á bordo de la fragata «Amphion» con rumbo á

(3) F. II.

Finlandia, después de haber notificado á la dieta con cierta fanfarronada que si la suerte de las armas le era favorable no perdonaria ningun monumento de la arrogancia rusa, fuera de la estatua de Pedro el Grande, «para eternizar en su pedestal el nombre de Gustavo.» Su plan era atacar por tierra y

por mar á San Petersburgo; pero este plan fracasó por completo. La escuadra sueca presentó combate á la rusa, en 17 de julio, junto á la isla de Hogland, combate que hizo honor al valor de las tripulaciones suecas y de su jefe, pero cuyas consecuencias fueron, en vez de hacer rumbo hácia Kronstadt,



Catalina II

verse los suecos obligados á refugiarse en el puerto de Sweaborg, donde estuvieron sitiados hasta fines de año por los rusos. El ejército de tierra se negó á atacar. Cuando debía comenzar el bien preparado asalto de la fortaleza de Fredrikshamn, el coronel del regimiento Abo, llamado Hästesco, manifestó ciertos escrúpulos militares diciendo que el rey no debía sacrificar inútilmente á sus tropas; y cuando el monarca persistió en su orden de ataque, los oficiales declararon que no querían tomar parte en una guerra contraria á la Constitu-

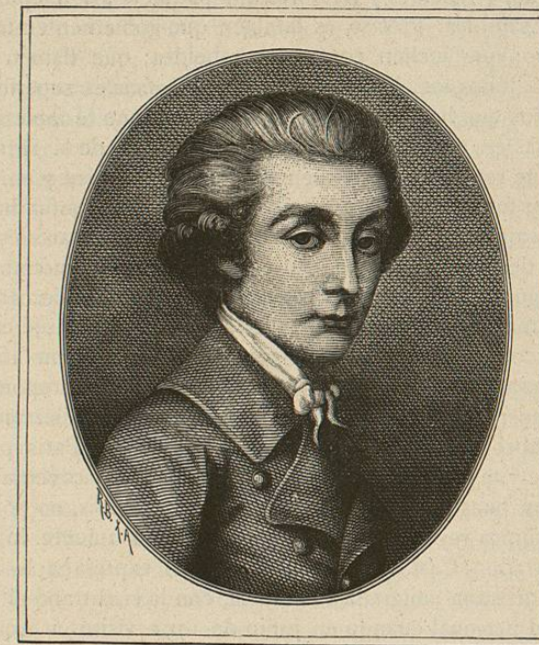
cion por ser una guerra ofensiva no aprobada por la nacion. Luego que el referido regimiento depuso las armas, otros regimientos finlandeses siguieron su ejemplo: unos cien oficiales pidieron sus licencias, y no contentos con haber dejado á su rey desarmado delante del enemigo, los conjurados se hicieron reos del delito de traicion á su patria. Una carta fechada en 9 de agosto daba cuenta á la emperatriz Catalina de que los oficiales suecos que la firmaban habian sido lanzados sin saberlo y contra su voluntad á una guerra contraria

á la Constitucion, guerra que como ciudadanos se veian obligados á condenar; y añadian que el mas ardiente deseo de la nacion sueca era que la emperatriz firmara la paz con una dieta convenientemente reunida. Antes de que pudiera ser contestada esta carta, fijóse en el campamento que el general Armfeldt habia establecido en Anjala, junto al rio Kymmene, un manifiesto de paz dirigido al ejército de Finlandia, y se concertó por iniciativa del general un armisticio con los rusos.

Herido en lo mas profundo de su alma, gemia el rey en su residencia de Haga cuando le llegó la noticia de que un ejército danés, procedente de Noruega, habia penetrado en Suecia y se dirigia hácia Gothenburgo, la segunda ciudad del reino. Después de haber exclamado espontáneamente: «¡Me he salvado!» apresuróse Gustavo á encaminarse á Dalecarlia, la antigua comarca de enérgica lealtad monárquica y de amor á la patria, que ya en otra ocasion habia suministrado á Gustavo Wasa fuerzas con que combatir al tirano danés Cristian; recorrió como aquel las parroquias de Mora, Kera, Tuna y Fahlun, y habló á los valientes habitantes de aquellos valles el lenguaje que siempre habia sido allí perfectamente comprendido, diciéndoles: «El extranjero mancha con su planta el suelo de la patria; traídoramente abandonado por la nobleza, necesito de vuestro brazo.» Inmediatamente seis mil aldeanos entusiasmados se lanzaron hacia Gothenburgo, con el rey al frente, y llegaron á tiempo de hacer fracasar una capitulacion ya preparada. Gustavo destituyó al pérfido comandante, llamó á la poblacion á los baluartes y á las baterías y mandó que se contestara al general danés que intimaba la rendicion: «Antes de que se rinda, la ciudad se verá convertida en un monton de ruinas.» Entonces las grandes potencias Inglaterra y Prusia intervinieron entre las partes beligerantes. El embajador inglés Eliot y el embajador prusiano Borcke exigieron de los daneses que se retiraran de Gothenburgo y que evacuaran la Suecia, amenazando de lo contrario con que una escuadra inglesa bombardearia Copenhague y un cuerpo de ejército prusiano invadiria el Holstein (1). Esta campaña terminó con un armisticio firmado en 9 de octubre de 1788 y prorogado después, cuya consecuencia definitiva fué la retirada de los daneses. El resultado político de estas campañas fué que el rey, en la nueva dieta de 1789 y después de haber encarcelado á los jefes de la oposicion, dió, con gran aplauso del clero, de la clase media y de la rural, su segundo golpe de Estado aboliendo por medio del «Acta de concordia y seguridad» todas las limitaciones del poder real y todos los privilegios de la nobleza que habia conservado la Constitucion de 1772. Con esto la dieta reconoció la deuda del Estado y le concedió los medios necesarios para la continuacion de la lucha (2). La guerra comenzó de nuevo por tierra y por mar y continuó con diversas alternativas durante el año 1789, aunque sin decidirse en definitiva, terminando al siguiente año después de grandes combates navales, el último de los cuales, librado en 9 de julio de 1790 en la bahía de Swensksund, fué una victoria completa para los suecos. El tratado de paz de Werelä (14 de agosto de 1790) en nada varió las posesiones de ambas potencias, pero dió al rey de Suecia la ventaja de que Rusia renunciara á sus pretensiones como garante de la Constitucion de 1772 (3).

El rey Gustavo, viendo que no podia conquistar laureles luchando contra Rusia, los buscó por otro lado. La corte francesa, tan amiga suya, luchaba con una corriente que amenazaba ahogarla: los mensajeros que desde Paris le en-

viaba su primer chambelan, el baron Taube, eran á cual mas espantosos; cada dia era mas apremiante la demanda de auxilio de la monarquía, que, envuelta en la traicion y en la anarquía, pedia un héroe salvador. El rey Gustavo ambicionó la gloria de una campaña en favor de la monarquía, concibiendo el proyecto de ponerse al frente de una liga de la cual formaran parte desde luego las potencias del Norte Rusia y Suecia y además todas las potencias verdaderamente monárquicas del mundo. Desde octubre de 1789, y por conducto de su embajador en Paris, el baron Stäel, yerno de Necker, hizo transmitir á la atribulada familia real francesa el testimonio de su mas calurosa simpatía y de sus sentimientos que le inclinaban á socorrerla (4). En enero de 1791 llegó á noticia del gobierno sueco el decreto de 21 de octubre



El conde Axel de Fersen á la edad de 28 años.
Copia de una miniatura

de 1790, en virtud del cual, como hemos dicho (5), la escuadra francesa debía enarbolar la bandera tricolor y las tripulaciones aclamar «á la nacion, á la ley y al monarca.» Inmediatamente (21 de enero) escribió Gustavo á su embajador en San Petersburgo que propusiera á la emperatriz que Rusia y Suecia, á las cuales pronto se uniria sin duda Dinamarca, se pusieran de acuerdo para redactar una nota idéntica dirigida al gobierno francés y notificarle que las citadas potencias no reconocerian mas bandera que la antigua ni consentirian anclara en sus puertos buque alguno en el cual ondeara la nueva. A esta manifestacion se acompañaba el borrador de la nota (6). La emperatriz Catalina contestó al embajador sueco Stedingk: «El rey me da con esto una prueba indudable de su confianza y os aseguro que la agradezco vivamente. El defiende la causa de todos los soberanos. El mayor obstáculo que para la democracia existe es la anarquía: Francia no tolerará esa agresion del exterior; confiaré el mando supremo á alguno, y si este es hombre de talento, destruirá todo cuanto se haya hecho. Volviendo á la cuestion de la bandera, quiero examinar los archivos porque me han dicho que este caso se ha presentado ya en otro tiempo y deseo ver qué es lo que debemos contestar. Creed

(1) Posselt, págs. 299-320.

(2) Posselt, pág. 322.

(3) Bruckner: *Catalina II*, pág. 398.

(4) Geffroy, II, págs. 108-109.

(5) Véase mas arriba.

(6) Geffroy, II, pág. 110.